

La Señora Ministra.

2-158 ADICION 0 1
2-86

("Los Lunes de El Imparcial", Madrid, 1.º octubre 1906)

La señora ministra

O.C. 1906



—Es cosa, Antonio, que no me cabe en la cabeza eso de que un hombre que no esté encendido por el anhelo de servir á su patria ó á sus conciudadanos ponga su conato entero en llegar á ministro, como no sea por codicia, para fraguarse una fortuna, ó bien por ambición, para dejar un nombre á la historia.

—Por una de esas dos cosas suele abrigarse ese conato, amigo Tomás, cuando no se vive en el puro desinterés de servir á un ideal.

—No, no suele ser así. Hay quien se zambulle de hoz y de coz en eso que llamamos la política activa, derrochando una fortuna ó echando por la borda una halagüeña posición económica, y no lo hace por ambición tampoco, ya que su ansia se colma en llegar á ministro, no más que en llegar á ministro, sin que el ministerio le sirva para sellar con la cifra de su sello la historia de su patria. Y convendrás conmigo, mi buen Antonio, en que en lengua de hombres no puede llamarse ambiciosa la aspiración de llegar á un ministerio.

—En lengua de hombres, tal vez no; pero en lengua de mujeres?...

—Descubre tu pensamiento.

—Esa que ni á tí ni á mí nos parece ambición digna de hombre ambicioso, cuando ese cargo se toma por fin y no por medio, suele ser ambición de mujer. Es ésta la que, soñando en llegar á ser la señora ministra, arrastra á un hombre á desdeñar ó derrochar una fortuna, y acaso á renunciar á ambiciones más altas.

—Sí, tienes razón; con harta frecuencia la mujer apaga en su marido ó en su amante el fuego de las ambiciones grandes, de las únicas que merecen ser llamadas ambiciones, para atizarle el de las chicas. Ahogan en el hombre muchas veces la soberbia, pero es para excitarle la vanidad. Y no lo comprendo.

—Pues yo sí, y lo encuentro natural. La mujer, cuando no ha elevado su espíritu, la mujer ordinaria, nuestra mujer, en fin, vive en el presente; ella debió de inventar el proverbio de «más vale pájaro en mano que ciento volando». Prefiere entrar en un baile ó en una recepción del brazo galoneado de su marido, á no la esperanza de dejar su nombre unido al de él.

—Sí, quiere más dar la cara que no el nombre.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

—Y además sabe que no dará el nombre. ¿Cuántas veces se habla de las mujeres de aquellos hombres que han iluminado la historia? Muchas menos que aquellas en que las señoras ministras entran en un salón del brazo de sus rendidos esposos. La mujer ordinaria prefiere en el hombre lo que representa á no lo que es. Y ello es natural. La mujer del marqués, es marquesa; la del conde, condesa, y hasta las del ministro, gobernador y alcalde pueden ser las señoras ministra, gobernadora ó alcaldesa; pero la mujer del héroe no es heroína, ni la del filósofo filósofa, ni poetisa la del poeta. Es, pues, muy natural que entre la ambicioncilla mezquina y pobre de figurar, eso que llamamos figurar, durante la vida, y la ambición satánica y fuerte, por muy pecaminosa que pueda parecerle, de vivir más ó menos años ó siglos en la historia, prefiera aquélla.

—¿Y no acertará?

—¿A qué llamas acertar en esto, amigo Tomás? En estas cosas de apreciación individual, y que caen fuera de la moral, si es que no están contra ella, ¿á qué llamas acertar?

—Buscan una satisfacción; ¿cómo la consiguen mejor?

—Tengo yo para mí que si una mujer le cree á su hombre capaz de más altos destinos, jamás le empujará á los más bajos; si es que le quiere de veras, se entiende. Cuando le empuja á ministro, es que piensa: «no sirve para más».

—Me parece, sin embargo, que hay muchas que en el estado de incultura y de flojez en que entre nosotros hoy viven, no conciben nada más alto que un ministerio. Los nombres de los ministros los leen á diario en los papeles públicos, y apenas leen más. Porque si conocen nombres de santos hay que tener en cuenta que la mayor parte de éstos fueron solteros, y que ninguna mujer gustaría unir su suerte á la de un hombre que va para santo canonizable. °

—Esto me recuerda aquella salida de Carlucci cuando, escribiendo de Santa Teresa que acostumbraba llorar un día cada semana— así dice el poeta—porque el infeliz Satanás no puede amar, agrega: «y acaso pensaba en la felicidad de ser amada por semejanta natura-



leza». Y el hecho es que, sea lo que fuere de sí aciertan ó no las que aspiran á señoras ministras, haciendo que sus maridos renuncien para conseguirlo ó á una fortuna ó á más altas ambiciones, á verdaderas ambiciones, el hecho es, digo, que con eso perjudican á la sociedad en que viven, á la que sirven más y mejor los grandes ambiciosos.

—¡Valiente cosa se les da á ellas de la tal sociedad! La mujer, por regla general, es un ser familiar, pero antisocial, y por esto precisamente cultivan eso que llaman la vida de sociedad.

—¡Paradoja tenemos!

—¡Vaya, no te me vuelvas también tú mentecato! La mujer necesita la sociedad para arañarla, para satisfacer en ella sus instintos antisociales. ¿Concibes tú al anarquista de acción viviendo solo, sin amo, en medio del bosque? ¿Va á arrojar bombas á los árboles? Pues así la mujer que es *apolítica*, antisocial, busca la sociedad para corroerla con murmuraciones y otros ingredientes corrosivos. Y por eso, porque es *apolítica*, empuja á eso que llamamos política á su marido. No es éste para el ministerio, sino que el ministerio es para él, ó mejor dicho, para ella. El ministerio es sencillamente una cosa que se viste, ó se baila. Y la probabilidad de cruzar la palabra con los reyes, de darles la mano, ¿no vale nada? Recuerda cuando éramos niños lo que envidiamos á Pascualillo porque Lagartijo, que era amigo de su padre, le dió una vez un beso cuando vino á unas corridas de ferias.

—Y al chico, que se quedó tan satisfecho, ¿quién le quitó aquella pura é inocente delicia infantil? Creo que no se lavó en quince días aquella mejilla. Bienaventurados los pobres de espíritu, y los niños.

—Y bienaventuradas las señoras ministras...

—Cuando no son pura y sencillamente la señora del ministro...

—Eso por de contado; entre la mujer del señor alcalde y la señora alcaldesa, hay diferencia.

—¡Alto! Ahí viene la señora ministra...

—Apresurémonos á saludarla, siquiera en desagravio.

La señora ministra, sonriente, blandiendo el abanico con un gesto de burlasca amenaza, se adelanta á Antonio y Tomás, y les dice jovialmente:

—Ustedes, como de costumbre, murmurando lo mismo que nosotras. Está visto que se van borrando las diferencias de sexo.

—Ya no hay sexo, señora—dice Tomás sentenciosamente é inclinándose.

Los tres se rien y se dan las manos.

Miguel de UNAMUNO.

